

# WATERGATES A LA EUROPEA

Da igual que se llamen penitenciarías, centros especiales o institutos psiquiátricos. Da igual que abanderados de pluma torcida se obstinen en ignorarlos. Existen, y unos peatones las sufren. Eso es todo.

Cuando Nanni Loy filmaba *Detenido en espera de juicio*, en especial cuando filmaba aquellas escabrosas escenas de los presos amotinados en los tejados de la cárcel de Regina Coeli solicitando mejores condiciones de vida —salubridad y alimentos, no precisamente teléfonos ni «call-girls», mientras la Policía italiana hablaba su lenguaje, debía sospechar, sin duda, que hay situaciones que la Historia se empeña en repetir por mucho que se denuncien o se ignoren. Hace pocos días, el penal de Regina Coeli registraba el mismo incidente, el mismo tejado, los mismos hombres solicitando una reforma del Código Penal y del sistema penitenciario, las mismas pancartas con la salvaje inscripción de «Somos hombres y no animales». También entonces las autoridades judiciales invitaban a los reclusos a rendirse con ayuda de los megáfonos mientras con ambas manos abrían la puerta a los batallones. También ahora, como en el film, algunas alas de la prisión fueron saqueadas e incendiadas bajo el lema de «Reformas, sí; promesas, no». En el local de estreno, una señora con aire de «belle de nuit» gustaba repetirle a su pimpollo frases del tipo de «esas cosas sólo le pasan a Alberto Sordi».

Cuando Tom Gries y Truman Capote señalaban en *La casa de cristal* la realidad de un sistema agresivo, tal vez no pensarán en Attica

ni en Rockefeller, tal vez no pensarán en la cárcel de Chino o la de Alcatraz, pero el director de aquella cárcel hablaba el mismo lenguaje que David Hall, gobernador de la penitenciaría de Oklahoma, una vez sofocada la rebelión de finales de julio. Seis de los prisioneros iniciaron la revuelta al grito de «Esto es la revolución», y al poco rato se habían sumado 700. Dos helicópteros y más de mil policías lograron «controlar la situación pacíficamente». Por esta palabra se indica la entrega por parte de los presos de cuchillos y garrotes, no pistolas, puesto que no las tenían, y el enterramiento de dos amotinados muertos por arma blanca. Ese es su lenguaje.

El lenguaje del presidente del consejo italiano, Mariano Rumor, ha llegado por boca de dos diputados milaneses, el democristiano Sangalli y el socialdemócrata Rizzi, y estriba en solucionar el problema a base de la traslación de las cárceles fuera de los centros urbanos. Se supone que en el centro todo prisionero debe oler a puerco, y eso no conviene para los señores que hicieron sus Pascuas con el escándalo del Number One. El lenguaje de Mario Zagari, ministro de Justicia, al acceder desde un cristal a prueba de balas a hablar con las 120 reclusas del sector femenino de la cárcel romana de Reibibia —en el mismo lugar se había amotinado el sector masculino dos meses antes— fue el de señalar que para las solicitudes oficiales hacen falta dos pólizas y tiempo.

Tiempo para la llegada de los carabinieri y los federales, se entiende. ■ D. F.



Mandy Rice Davies, amiga de la Keeler y amiga también de Profumo, del agregado naval soviético y del doctor osteópata Stephen Ward.

## ELECTRONICA

# LOS TRUCADORES DE CINTAS

Aun admitiendo que el Presidente Nixon acepte el reto y se decida a entregar al senador Erwin las cintas registradas en el despacho ovalado de la Casa Blanca, de modo que sólo éste y el fiscal Archibald Cox puedan escuchar su contenido, nada más sencillo para el personal al servicio del Presidente que trucar las cintas en cuestión y darles apariencia de inocentes. Un experto puede trucar fácilmente una banda magnética, ya sea por simple supresión de las frases comprometedoras ya sea por inversión del orden de ciertas palabras o grupos de palabras.

Ahora bien, estas operaciones podrían resultar peligrosas si Erwin y Cox, en lugar de confiar en sus simples oídos, sometiesen las cintas a un examen electrónico. El método de trucaje más probable consistiría en la supresión pura y simple de los párrafos comprometedores. Es ésta la forma de trucaje más difícil de detectar por ser la más sencilla. Naturalmente, no subsistiría ninguna cicatriz visible, ya que después de hechos los cortes necesarios y pegados los diversos trozos, la cinta vuelve a grabarse.

Los expertos opinan, sin embargo, que podrían detectarse ciertos saltos. Bob Berkowitz y Elma Stetter, investigadores de los laboratorios Dolby, de Londres (laboratorios célebres por sus dispositivos reductoras de ruidos), afirman que habría que concentrarse no en las voces grabadas, sino en los ruidos de fondo. Inevitables cuando la grabación no se lleva a cabo en estudios especializados.

Estos ruidos de fondo podrían analizarse y ser detectados en trozos de cinta correspondientes a silencios. Podría tratarse bien de ruidos producidos por tubos fluorescentes, bien del zumbido de los acondicionadores de aire o del propio aparato preamplificador. La presencia de hilos eléctricos en la habitación debería provocar igualmente una señal parásita de la misma frecuencia que la corriente alterna de sesenta periodos utilizada en los Estados Unidos. Mediante sistemas de filtro adecuados resultaría sencillo poner de relieve estas señales y detectar eventuales rupturas de ritmo. En efecto, si se suprime un trozo de cinta y se pegan los segmentos que quedan, es más probable que se rompa la periodicidad de tales señales: el tiempo transcurrido entre dos crestas sucesivas de la señal no será exactamente de un sexagésimo de segundo.

Hay otro fenómeno que permitiría descubrir cualquier superchería: el tiempo de reverberación particular de la habitación en la que se ha llevado a cabo la grabación. En las habitaciones de forma ovalada, el tiempo de reverberación es particularmente largo, del orden de medio segundo por lo que respecta al despacho del Presidente Nixon. Todo esto significa que ha de pasar medio segundo antes de que un sonido, cualquiera que sea, se atenúe completamente. Por eso, los trucadores de cintas deben tomar la precaución de dar el tizeretazo medio segundo después de acabado un ruido (ruido de una silla, de un lápiz, de una voz) para evitar que éste termine de modo demasiado abrupto, lo cual no resulta siempre fácil, ya que un segundo ruido puede seguir casi inmediatamente al primero.

Otro experto británico, Angus McKenzie, supone que el sistema de grabación utilizado por el Presidente Nixon debe poseer un dispositivo de regulación automática del nivel de grabación. Este nivel debe regularse constantemente en función de la voz de los interlocutores y de su posición con relación al micrófono. Mal se imagine uno al Presidente manipulando un botón situado bajo su buró mientras discute con Brejnev u otro estadista. Es, pues, preciso en casos como éste un dispositivo automático. Si uno de los interlocutores se aleja del micrófono, el nivel sube y los ruidos de fondo resultarán más fácilmente perceptibles. Si se suprime un trozo de cinta, habrá tal vez que pegar dos segmentos grabados a niveles ligeramente distintos uno de otro, pues el nivel de grabación automática varía sin cesar. Habrá, pues, una discontinuidad brutal en el nivel del ruido de fondo.

Además, aunque sólo se trucase y se volviese a grabar una de las cintas, las demás deberían ser sometidas al mismo proceso. De otro modo, podrían detectarse por contraste los ruidos debidos al magnetófono utilizado en la segunda grabación y sobre todo la llamada corriente de premagnetización, corriente alterna de elevadísima frecuencia e inaudible para el hombre, que sirve para borrar las grabaciones anteriores, así como para reducir las posibles distorsiones durante la grabación.

Ahora bien, dos magnetófonos, incluso del mismo modelo, tienen frecuencias de premagnetización muy distintas entre sí.

Esta agudísima señal no es siempre detectable en una grabación, pero sí puede detectarse y es diferente de la señal producida por el magnetófono del despacho ovalado, ello constituye una prueba de que la cinta es una copia, por lo que lo más probable es que haya sido objeto de trucaje.

Finalmente, resulta muy verosímil el que, con el fin de reducir el volumen de las cintas almacenadas en los archivos, las grabaciones de Nixon se realicen con un aparato de varias pistas, seguramente de cuatro, lo que permite hacer cuatro grabaciones en la misma cinta. Ahora bien, a pesar de la fabricación en serie, no hay dos cabezas magnéticas en las que la separación de las pistas sea idéntica. La variación es a escala de micrones. Todo ello permitiría averiguar si la cinta en cuestión salió directamente del aparato del despacho ovalado o de algún otro.

Es cierto que todas estas astucias técnicas son ya archiconocidas y que un buen experto podría frustrarlas. Pero por increíble que pueda parecer, el «affaire» Watergate ha demostrado que Nixon no ha contado para su bajas tareas con los mejores expertos ni con el mejor material electrónico. Por otro lado, cada nuevo personaje implicado en este asunto aumenta las probabilidades de descubrimiento de una maquinación. Por todo ello, y sea cual fuere el contenido de las cintas, el Presidente Nixon no tiene demasiado interés en expurgarlas. ■ CHARLES SCHREIDER.